

El Diálogo

Varios Autores

1. El Diálogo y la Biblia

1.1. Pistas bíblicas para la escucha

La escucha viene siempre dada cuando se realiza una propuesta y se realiza una experiencia humana: Acoger con hospitalidad y ternura a toda persona que realice en libertad esa irrupción en el hogar para colmarla de alegría y misericordia. La posibilidad de la misericordia, la posibilidad de la acogida hospitalaria indica apertura hacia alguien, hacia el quien eres, es atenderle, tender hacia ese alguien, salirle al paso, apertura confiada, ponerse a disposición de él. El que acoge se manifiesta apto para atender, de modo que dar hospitalidad es atender plenamente al otro¹.

Esta opción se concreta en unas manifestaciones previas que tipifican el valor de la acogida como escucha. Acoger, según el relato de Lucas 10, 38-42, es el relato neotestamentario de la acogida del huésped. Marta y María donde la confrontación de la actividad frente al diálogo, del ser frente al tener, la preocupación material o la preocupación de la escucha se mantiene en tensión durante todo el relato.

Acoger aquí supone atender no sólo al huésped, sino con el huésped escuchar sus motivaciones, sus proyectos, sus fines, sus inquietudes, su historia personal de lucha y sufrimiento, y su historia de superación.

Acoger supone en la actualidad el servicio de la hospitalidad desde lo físico, y el interés amable por tu historia. Es un servicio de una atención física: comida, bebida, alojamiento. Pero supone principalmente un tender al conocimiento de su persona entrando en la esfera de la comunicación. Lo que distingue la hospitalidad practicada en un hotel de la hospitalidad de un hogar es precisamente la comunicación, el trato, y ese tender hacia la persona y su historia. La atención al huésped culmina en la comunicación y de la comunicación.

El paso no es sólo casual, el que acoge entra en la esfera de la comunicación y de la causalidad del acogido cuando se comparte. Entrás a formar parte de la identidad y de la historia de quien es acogido. Pues cuando comparto: parto de ti, hacia ti, y contigo: Desde tu dirección, visión y esperanza, y hacia lo que te mueve con amor, por ello parto, inicio contigo un camino de aventura.

¹ Isabel Fornani-Carbonell, *La escucha del huésped (LC 10,38-42): La Hospitalidad en el Horizonte de la comunicación*, Ed. Verbo Divino, Estela - Navarra, 1995, p. 4

1.2. El significado de la escucha:

En la escucha del huésped se realiza una identificación y es en el ámbito del diálogo y del compartir donde se despierta la ternura desde el simple gesto de ungir los pies, y secándolos con los cabellos²:

“Mientras iban ellos de camino, entró él en una aldea (Lc 10, 38). Este gesto de confianza y de mi misión, es pararte de camino para escuchar el dolor aunque éste sea sólo como reproche. Comprender el reproche es hacerte testigo de la acogida de Dios y de su escucha. Lo que importa es la profundidad de tu dolor: Si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano (Jn 11, 21-32). El diálogo se realiza en la medida que avanzamos, y se realiza en el camino, se realiza en confianza en la autoridad de Jesús. “Aunque yo sé, que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá” Denota confianza en el poder de la oración de Jesús. Esta confianza despierta la pregunta del refuerzo de la confianza: “¿Crees esto?” (Jn 11, 26). La pregunta por la confianza hace brotar por la confesión de fe que proclama la identidad: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios el que iba a venir al mundo” (Jn 11,27). En Marta y María se concentra la confesión cristológica de la fe de un pueblo a la escucha. La esperanza de la resurrección se vislumbra con el amor de fe expresada a través de la palabra.

Cuarenta años de desierto vividos con desconcierto, con cansancio, con la tentación de volver atrás, pero adentrándose paso a paso, en las inhóspitas y movedizas arenas desnudas de vegetación y de vida, devorando los kilómetros que separan la promesa de una tierra y la posesión de la misma, algo así es el camino del diálogo de Dios con su pueblo. Atiéndeme, es la palabra que Dios pronuncia. Escúchame es la petición de un pueblo errante³.

Nos dirigimos en el diálogo a un modo de ser: aprender es nuestra misión, adquirir las cualidades de la escucha y el diálogo ha de ser nuestra paciencia. Atender a los rasgos de la palabra antes no contemplados es descubrir lo nuevo de tu palabra: es constatar el anuncio nuevo, el mensaje nuevo.

Escuchar es interpretar de forma común y plural, evitando la exclusividad y la indiferencia, y ello precisa un método para interpretar en buena dirección y en buena intención.

Escuchar es también intuir, pero la sola intuición puede confundirnos y de ahí interpretar erróneamente. “Decir creo en ti, espero en ti o te quiero” depende del modo de decirlo puede despertar una falsa interpretación, sobre todo si traemos a nuestra conciencia todo tipo de experiencias negativas que nos digan cómo interpretar el discurso. Tras una palabra que escucho hace despertar en mí el cúmulo de experiencias que me ponen al asecho, o me permiten sentirme por un momento feliz.

Si escuchar tiene un talante, el discurso que se escucha debe tener ese mismo talante: comprensivo, respetuoso, avanzando en el tiempo pero sin ocupar todo encuentro en exclusividad. Hablar en demasía y reiterando un mismo discurso nos recuerda aspectos

² Lc 10, 38-42, Cf. Jn 11, 1-54 y 12, 1-8

³ FORNANI-CARBONELL, I., *La escucha del huésped (Lc 10,38-42): La Hospitalidad en el Horizonte de la comunicación*, Ed. Verbo Divino, Estela - Navarra, 1995, p. 9

de coherencia, pero también puede recordarnos los tiempos de los miedos y de la inseguridad, por la imprecisión de mis palabras, la desconfianza por desconocer, la comprobación de situarnos en el mismo ámbito y marco de conocimiento y de interpretación, con una misma y semejante calma⁴.

1.3. Escuchar y atender: como práctica que provoca efectos.

Escuchar es un acto, como práctica, donde se tienen en cuenta las condiciones de emisión (situación y momento personal): Estoy dispuesto y preparado para la escucha. El silencio y la expectación será la adecuación práctica para dicha actividad. Es un acto, también, que observa y analiza las relaciones establecidas entre los interlocutores.

La mirada que se dirigen los interlocutores es una mirada de identificación y tiene lugar en ese instante un *diálogo sutil de reconocimiento*.

La búsqueda de un tema común, de un lenguaje inteligible y comprensible mutuo y de una razón para acercarnos es el *Diálogo de acercamiento* iniciador de todo encuentro.

Diálogo de cercanía: Los acuerdos existentes previos, pero precisando y profundizando lo dicho en el ámbito del diálogo.

Diálogo como crisis: Las preguntas, la crítica, la disensión, el replantear las convicciones, el diálogo de los agujeros incoherentes percibidos.

Diálogo generoso: Soy consciente que tu necesidad es mayor, y por eso doy prioridad a ella.

Diálogo liberador: Acogida, atención, preocupación desde la fe que pones en el interlocutor. No culpas, no rechazas, sólo atiendes y acompañas. Le dejas ser y expresarse.

Diálogo respetuoso: hacer presente el respeto desterrando toda posibilidad de juicio condenatorio.

Diálogo afectivo: El compartir despierta tras la crisis de los efectos en el corazón humano la ternura, la compasión y la misericordia. Mis errores pasados me recuerdan que yo no soy mejor que quien escucha, porque me ha despertado momentos de mi historia.

La escucha ha de ser interactiva. Es una atención mutua, acción del que habla y acción de quien escucha. Son acciones sucesivas la emisión y la recepción, y además son acciones simultáneas con un orden en el acontecer, porque son exponentes de la praxis interlocutiva realizada.

El *diálogo también es exponente de sabiduría y de conocimientos*: Sobresale el aprendizaje como experiencia. El conocimiento que se posee, su integración, su adecuación, su profundización, es un todo que se manifiesta, se intercambia en un ámbito de comunicación interpersonal, y en ese ámbito adquiere sabiduría y expongo lo descubierto.

⁴ Ib. p. 10 y 11.

El *diálogo inter-efectivo*: es el diálogo que resuelve, pero es el que considera lo compartido como una llamada a compartir esa llamada existencial para entrar en el mundo personal de los que dialogan. Te llamo a mi existencia para que me descubras y encuentres conmigo una respuesta adecuada⁵.

1.4. Ámbitos de diálogo en N.T.: Jesús promotor del diálogo

La comunicación de Jesús se caracteriza sobre todo por la estrecha relación entre el discurso y la acción, entre la palabra profética y el gesto profético. Es la misma trama de la revelación veterotestamentaria. La escena de los discípulos de Emaús es altamente ilustrativa en este sentido (Lc 24,13-35). Ni la palabra-relato de las Escrituras- ni el gesto -fracción del pan- por separado son capaces de abrir los ojos de los discípulos para reconocer al Resucitado. Sólo la complementación de ambos conduce la comunicación hasta el estadio último, y a los de Emaús hasta el pleno reconocimiento del Resucitado.

Jesús también realizó signos milagrosos. Sin embargo, no bastaba sanar a personas de sus males físicos, era preciso acogerlas y reconciliarlas con la comunidad. Elemento de gran importancia en el ministerio de Jesús. Pocas prácticas son tan esclarecedoras de la naturaleza del Reino que Jesús predica desde el diálogo con el objetivo de realizar el gesto de perdonar los pecados. Es un gesto que escandaliza a los presentes, porque es exclusivo de Dios (Mt 9,1-8). Y, sin embargo, es una práctica usual en Jesús, para que quede claro que el Reino de Dios es gracia, que se otorga gratuitamente y no se consigue a base de méritos.

Perdonar los pecados es permitir al pecador reintegrarse a la comunidad, entrar de nuevo en la dinámica de la comunión, de la comunicación y el diálogo. En este sentido, llama la atención la importancia que tiene en los evangelios la praxis convivencial de Jesús, los banquetes, *"la comunidad de mesa con los suyos y con los marginados"*. Y sobre todo llaman la atención las comidas de Jesús con los pecadores (Mt 9,10-13). Es un gesto adecuado para probar que el Reino de comunión y reconciliación que Jesús anuncia se está realizando ya. Es una forma de anunciar que la solidaridad es el presupuesto y la base de toda comunicación y buen entendimiento entre los hombres y mujeres de hoy. Jesús es hombre solidario, su solidaridad se expresa admirablemente en ese gesto de acoger y comer con los pecadores, de ofrecerles la posibilidad de entrar de nuevo en la dinámica de la comunión. Este gesto se convierte en palabra más expresiva que cualquier otro discurso. Devuelve la capacidad de comunicación a quienes habían sido privados de ella.

Jesús anunció el reino de Dios a los pobres y aplica la fuerza de Dios a los enfermos, trajo también el derecho de Dios a los pecadores y publicanos: el código de la gracia se realiza mediante el diálogo con los más necesitados. Así lo hizo constar públicamente al compartir la mesa con ellos. En el horizonte escatológico de su propio mensaje, este compartir la mesa es un anticipo del banquete de los justos en el reino de Dios.

Después de invitar al publicano Leví a seguirle, Jesús entra en su casa y muchos publicanos y pecadores se sentaron a la mesa con Jesús y sus discípulos (Mc 2, 15). La vocación de Leví los animó, o quizá acudieron por su cuenta. A la pregunta

⁵ Ib. pp. 11-17

acusadora de los letrados y fariseos: ¿Por qué come con publicanos y pecadores? responde Jesús: *"No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a salvar a los justos, sino a los pecadores"* (2, 16s). Aunque eran los publicanos y pecadores los que se sentaban con él. La frase posterior que lo resume todo es: *"Este acoge a los pecadores y come con ellos"* (Lc 15, 2).

El término pecador no aparece aún en los relatos de los evangelios con la precisión teológica y universal que posee en Pablo (Rom 3, 23), sino con una connotación social, como hacen ver los binomios sano-enfermo, justo-pecador, fariseo-publicano. Son pecadores a los ojos de los letrados y fariseos aquellos judíos que no pueden o no quieren observar la *torá* ni ir por el camino de la justicia. Publicanos eran aquellos judíos que arrendaban a los paganos los derechos de aduana y recaudación de impuestos para la potencia romana de ocupación. Se veían obligados a vivir elevando los impuestos, o el poder que tenían los inducía a la corrupción. A los ojos de los judíos observantes puros eran colaboradores corruptos de la potencia de ocupación y tenían muy mala fama.

Alternando con estos pecadores y publicanos, Jesús entró en un conflicto social de contenido religioso por no respetar la línea de separación entre los justos, y los injustos. Entre los buenos y los malos. Este conflicto es provocado por la injusticia y la ilegalidad, pero lo agravan los buenos y justos que se arrogan la justicia de Dios y pretenden imponer socialmente su sistema de valores. La justicia de los fariseos descrita en las parábolas de Lucas (15; 18, 9ss) no es una vanidad subjetiva sino la posesión de bienes. Así como la posesión de la riqueza empobrece a los pobres, la posesión del bien, abre el foso entre los buenos y los malos y hace que los malos sean malos.

Con la acogida a los pecadores, publicanos y a las prostitutas, Jesús no justifica el pecado, la corrupción o la prostitución, sino que rompe el círculo diabólico de su discriminación en el sistema de valores de los justos. Salva así también, potencialmente, a los justos de la compulsión de su propia justicia y a los buenos de la posesión del bien; y se dirige unilateralmente, y tomando partido, a los discriminados. Haciéndolo así en su propia persona, les revela a ellos y a sus opresores la justicia mesiánica de Dios, que con el código de la gracia vuelve justos a los injustos, buenos a los malos y bellos a los feos. Esto supone un fuerte ataque a la moral religiosa y a la moral burguesa. Las reacciones de los buenos y los justos son tan agresivas porque ven amenazados sus bienes más sagrados y cuestionado su propio ser. El que se une, como Jesús y sus discípulos, a esa mala compañía, corre la misma suerte que los que están en ella. Quien busca a los perdidos acaba a menudo perdiéndose.

La escena de la pecadora en casa del fariseo es especialmente significativa (Lc 7, 36-50). El contraste entre el justo rico y la mujer esclavizada que tiene que vender su cuerpo es tan agudo, como conmovedora es la escena en la que ella limpia con sus lágrimas los pies de Jesús, los enjuga con su cabello, los besa y unge. Jesús da por perdonados sus pecados, es decir, todo lo que la separa de Dios, y añade como en las curaciones: *"Tu fe te ha salvado, vete en paz"* (7, 50).

En el relato sobre Zaqueo (Lc 19, 1-10). Jesús escandaliza a las buenas gentes de Jericó hospedándose en casa de un pecador (19, 7) y declara que hoy ha llegado la salvación a esta casa (19, 9). El mismo, con su presencia y su solidaridad, trae a esta casa aquella salvación que sana a los enfermos, hace justos a los injustos y anula las discriminaciones tanto religiosas como civiles. Llama la atención que Jesús perdone los

pecados incondicionalmente sin previa confesión y sin expiación. Hace lo que según la mentalidad judía sólo corresponde al juez del juicio final: absolver a los acusados.

El trato de Jesús con pecadores y publicanos tiene una significación especial en el horizonte de su mensaje mesiánico. El hecho de sentarse a la mesa crea ya una comunidad humana para el diálogo. Pero el reino de Dios que anuncia Jesús y difunde con su trato con pobres, enfermos, pecadores y publicanos no se limita a instaurar la soberanía de Dios en toda su creación sino que ofrece, además, el gran festín de los pueblos: El Señor de los ejércitos prepara para todos los pueblos en este monte un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera; manjares enjundiosos, vinos generosos. Y arrancará en este monte el velo que cubre ; todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre (Is 25, 6-8). Jesús esperaba el reino de Dios como un gran festín: Y vendrán de oriente a occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el reino de Dios (Lc 13, 29).

La parábola del banquete nupcial (Mt 22, 2-10) combina esta esperanza material del reino de Dios con la apertura de Jesús a los pecadores y publicanos: ante la negativa de los invitados al banquete del rey, éste convoca a gentes de la calle (22, 10); en Lucas son los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos (14, 21). En este contexto hay que ver también la convivencia de Jesús con pecadores y publicanos: él anticipa con estos injustos el banquete de los justos en el reino de Dios y muestra con su ejemplo lo que significan la acogida por el Dios misericordioso y el perdón de los pecados: ser invitado al gran festín en el reino de Dios. El perdón de los pecados y el comer y beber en el reino de Dios son dos aspectos de lo mismo, como lo muestra el retorno y la acogida del hijo pródigo (Lc 15, 22). Jesús celebra el banquete del tiempo mesiánico con los discriminados de su época. Siendo él el hijo mesiánico de Dios, imita de ese modo la conducta de Dios.

Las celebraciones de Jesús con sus discípulos son celebraciones del reino de Dios en ese mismo sentido. Así lo confirman las palabras de despedida en la última cena (Mc 14, 25 par): *"Os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba de nuevo en el reino de Dios"*. Lo peculiar de las celebraciones con los discípulos es que se insertan en la misión mesiánica de Jesús de buscar lo que estaba perdido, y participan activamente en ella. Cuando Jesús se sienta a la mesa con publicanos y pecadores, los discípulos están con él. Por eso el banquete con los discípulos, aún teniendo otra significación que el banquete con los pecadores, está referido a este Reino de Dios instaurado.

La última cena con los discípulos posee esa significación propia que Jesús da a la fracción del pan y a la copa de vino. Aquí el reino de Dios ofrecido por él a los pobres se centra en su propia persona. El, el anfitrión del banquete, es a la vez el don del banquete, Jesús es aquí el reino de Dios en persona. El acto de partir el pan y beber el vino hace realidad el reino de Dios en figura del cuerpo entregado y de la sangre derramada por todos. Algo de esta última significación teológica de la cena de Jesús se realiza siempre que Jesús en persona está presente y se sienta a la mesa con publicanos y pecadores. El que trae a los pobres la dignidad del reino de Dios y revela a los publicanos y pecadores la justicia rehabilitante de Dios es también el anfitrión mesiánico que invita a los hambrientos a comer y beber en el reino de Dios y les anuncia la participación en la mesa de Dios.

Alexis González de León

2. El Diálogo y la Teología

Están cayendo las estrellas ...

*-¿Qué estás diciendo, hermano?
Son estrellas fugaces.*

*-¡Están cayendo estrellas!...
-Qué pensamiento extraño...
-¡Cómo del cielo claro
se desprenden estrellas!...
Pon tus manos abiertas
para que en ellas caigan ...*

*-¿Qué estás diciendo, hermano?
Son estrellas fugaces,
Ni caen ni se recogen.*

-No importa. Pon las manos ...

**Poema: Diálogo.
Autora: Dulce M^a Loynaz**

Uno y otro se dirige la palabra. Uno describe lo que parece estar observando, mientras que en el otro la perplejidad le hace interrogarse para terminar por considerar absurdo lo que se le está pidiendo. No obstante, el diálogo entre ambos va más allá de una simple conversación; uno interpela al otro para que realice un gesto: "Pon las manos". Se trata de la acción por la que uno de los interlocutores ha de mostrar verdaderamente sus actitudes y disposiciones, su nivel de apertura a la realidad que le circunda, así como su capacidad para recibir. Es más, se pone de manifiesto cómo a pesar de lo inverosímil que parezca la realidad, siempre cabe ante ella una mirada esperanzadora capaz de transformarla. En este sentido, "poner las manos" es, ante todo, un modo de situarse ante la propia existencia y la de los demás. Supone haber comprendido que la vida siempre es dada, y que al hombre le compete siempre recibirla con las manos abiertas.

No cabe duda que tras la enseñanza reflejada en el poema se esconde la verdad que encierra la dinámica divina: Dios, como realidad personal, sale al encuentro del hombre en su propio contexto -la historia- para dialogar con él y enseñarle sus secretos.

En efecto, porque Dios es una "comunidad de personas" que se dice a sí desde la apertura y desde el don y la acogida, se ha desbordado en un gesto inigualable al comunicarse a los hombres de todas las generaciones allí donde estos se encuentran. En su desbordamiento ha reproducido ese movimiento de darse y acogerse, fundamentando, de ese modo, el verdadero diálogo en el que toda la persona se pone "en juego", mostrándose y dándose.

Desde la capacidad de diálogo que posee el hombre (imagen y semejanza de Dios), éste se ha abierto a la realidad del mundo y de su propia existencia para preguntarse

por su identidad y por la de Dios. Desde esta inquietud hermenéutica, por la que los hombres quieren descubrir sentidos, puede explicarse la teología, la cual sólo pretende hacer razonable aquello en lo que se cree. Como conocimiento del misterio de Dios en sí mismo, el saber teológico tiene como punto de partida imprescindible el gran marco referencial de la historia de la salvación, pues, en último término el Dios que se da a conocer en dicha historia salvífica es el mismo que habita en su misterio trascendente y que supera nuestras posibilidades de conocimiento, aunque se sepa con certeza algunos datos acerca de ese Dios que se reviste de misterio, porque Él los ha dado a conocer. A este respecto hay que decir que la historia actual de la salvación sigue siendo el lugar del conocimiento de Dios. No en el sentido de que haya hoy nuevas revelaciones, sino de que, por la fuerza y el obrar del Espíritu y en dialéctica con los procesos culturales e históricos, en la trayectoria vital de la comunidad de creyentes se da una constante y progresiva profundización del misterio de Dios. De este modo, la manifestación plena de Dios realizada en Cristo –en él hallamos el grado sumo de diálogo y comunicación entre Dios y el hombre- es hoy susceptible de ser actualizada y reflexionada ateniéndose a la referencia siempre normativa de la revelación apostólica, la docilidad a los impulsos del Espíritu y la interacción con la cultura y la historia humanas en el progreso de evangelización-diálogo. Respecto a esta última consideración habría que añadir que el encuentro entre la revelación y culturas (inculturación) es el estímulo para profundizar en la vida misteriosa de Dios porque en esas culturas están las “semillas del Verbo”. Es más, sólo se recogerá toda la riqueza de la revelación cuando ésta haya sido acogida por todas las culturas y se haya dialogado con sus exigencias más auténticas en cuyo seno también está actuando el Espíritu.

Dios se hace el encontradizo en la encrucijada del tiempo y el espacio, allí donde el hombre se encuentra. Y lo hace para compartir su vida. Por eso, en la medida que se esté abierto y en diálogo con la realidad personal de ese Dios y su oferta se podrá experimentar la verdadera experiencia religiosa o vivencia de fe, que es la que realmente luego se intenta hacer razonable desde el campo o saber teológico. En último término, por muy difícil o árdua que pueda resultar la tarea de estar en constante diálogo con Dios, que es el objeto principal de la reflexión teológica, siempre podrá hacerse si, como nos indicaba la poetiza cubana, ante lo que pueda incluso aparecer como imposible se está dispuesto a “poner las manos”.

Nicasio Martín Ramos O.P.

3. Una Oración con el Diálogo

Señor de la Palabra y del encuentro, no permitas comprender que mi verdad sea la única, ni mi pensamiento único. No permitas que tu palabra sea una mera palabra sino una palabra expuesta, convincente, y cercana.

Es posible que muchos de los que empleamos la palabra lo hagamos sólo para hacernos daño, para equipararnos a un Dios justiciero que condena con el miedo y la represión de todo cuanto sentimos, no nos dejes que caigamos en la tentación del poder que ciega nuestra capacidad de amar, sino que amemos y busquemos una felicidad integradora.

Me siento a tu lado para verte más cercano, para comprender desde tu Palabra que mi palabra no ha de ser violenta. Para comprender que mi palabra no es sólo la única palabra que encierra una necesidad de ser escuchada.

Permíteme aprender a Dialogar con mis entrañas para comprender las entrañas de aquél que sufre sin remedio la atrocidad de la guerra y la culpa de los otros que no reconocieron su error.

Señor, de la paciencia y del tiempo, ayúdame a comprender mi tiempo como tiempo humano, como tiempo dedicado, como tiempo compartido que construyó la paz, porque fue tiempo generoso, tiempo disponible, tiempo transformado, y tiempo reconocido.

Dios de la palabra que acude, de la palabra que sana y libera, de la palabra que alienta, haz que comprenda que, en mi opción por vivir en servicio, puedo encontrar aquella actitud que me permita sentarme a la mesa con los más necesitados, con aquellos a los que condenamos sin contemplar su fe, con aquellos que ajusticiamos desde la incredulidad y la seguridad de tener siempre la razón.

Dios encarnado, y Señor de la misericordia, que sepa encarar mi cruz sin que por ello renuncie a cualquier camino que me conduzca al anuncio del amor. A la disculpa coherente, al olvido de mi egoísmo, y proclamar que la verdad se esconde detrás de toda palabra que se pronuncie con pasión, pero también desde la comprensión de cada situación de dolor. La fe no tendría sentido sin mirar tu palabra, tu actitud ante la verdad de quien te envió; si ella no fuera una palabra amable entonces sería una palabra impositiva, cegada por el poder de controlar las mentes, y de propiciarme un uso exclusivo de la vida donde pocos tendrían cabida.

Dios que creas con tu palabra y nos llamas por nuestro nombre, palabra no reconocida pero sí anunciada, recréanos con tu lenguaje y así sepamos comprender la contemplación de aquella verdad que pronunciaste al crear a la humanidad "*y vio Dios que era bueno*". La belleza contemplada fue una verdad olvidada, ayúdanos a reconocernos creando ámbitos de encuentros donde la belleza se transforme en palabra compartida.

Señor de la mesa compartida, expón nuevamente tu palabra, la que se hizo para todos no sólo como exigencia, sino sobretodo como alimento, no sólo como razón, sino también como aquella ternura que nos salva del desamor, no sólo como olvido, sino también como perdón que me reconcilia en todo mi ser.

Cristo del cuerpo roto en una cruz, señor que te encomiendas al amor, ayuda a encontrar nuestro vehículo para que nuestra palabra sea veraz, porque nuestro objetivo se alimentó de la paz. Reconóceme en tu cruz, aunque yo no sepa aún donde mirar, a quién acoger, y cuándo escuchar.

Cristo de los caminos y de las encrucijadas, que te muestras resucitado, aviva el fuego de nuestra esperanza y caminemos a la luz de tu verdad. Esa verdad que nos compartes y siembras en cada corazón humano dispuesto a escucharte.

Señor de la vida, que nuestra vida tenga una morada donde descanse nuestra incompreensión y soledad, donde descansemos también de nuestra búsqueda y encontremos algo de luz para que tu mesa sea no solo una mesa que se parta sin razón, sino una mesa repartida con el aliento de tu Espíritu. Amén

Fr. Alexis González de León.

4. Ética y Diálogo

A lo largo de la historia del pensamiento cuando se ha reflexionado en torno a la esencia de lo humano, del hombre y la mujer, se le ha definido, o se ha intentado poner por encima del resto de sus características, la necesidad de comunicarse para ser. Su dimensión comunitaria, social, comunicativa. La capacidad para salir de sí mismo y encontrarse con un “otro” con quien contrastarse y por quien dejarse interpelar.

Así, se ha dicho desde los tiempos mas antiguos que el ser humano es un ser social, que está llamado a la comunicación y al dialogo con los otros, con lo otro y con el Otro; que requiere de un “tu” que es el que nombrándolo le permite descubrirse y comprenderse como un “yo”. Y ciertamente sabemos que el ser humano se hace más humano, si realiza y encuentra el sentido de su verdadera esencia y existencia cuando sale de sí mismo y se trasciende encontrándose con los demás seres humanos, con el mundo y con Dios. Cuando el individuo sale de sí y se comunica con el otro descubre un mundo que lo hace maravillarse frente a la realidad de lo que ve y encuentra. Pero además ante sus ojos, por este acto de salida de sí mismo, en lo más profundo de su corazón, aparece un mundo propio que sólo era posible descubrir tras esta salida, y que es la mayor contribución en su proceso de personalización y personificación. Cuando un niño crece, a lo largo de su vida, es en el encuentro con lo otro distinto a sí mismo lo que le ayuda a ir definiéndose. Por medio de ese encuentro el niño va realizando lo que es en potencia, lo que es en sí mismo. En definitiva, dicho con claridad, el hombre y la mujer se definen cuando establecen contacto y entablan un diálogo real y verdadero con su entorno.

Pero fijémonos en el soporte de estas reflexiones, por ejemplo. Es un soporte mediático que nos permite comunicarnos con todo el mundo, y esto en unos segundos. Yo puedo estar en Sevilla o Granada y al mismo tiempo hablar, comunicarme vía internet con alguien que esté viviendo en Nueva York, o enviar simultáneamente la misma noticia a personas que viven en Sydney, Calcuta y Madrid, y estas personas no tienen porque conocerse, ni haber hablado entre sí nunca.

La sociedad actual, los hombres y las mujeres que vivimos en este tiempo tenemos a nuestra disposición todo tipo de medios para establecer una comunicación con cualquier parte del mundo conocido, e incluso, si se apura un poco, con mundos desconocidos. La posibilidad de comunicación entre los pueblos permite conocer y acceder a realidades culturales y a dimensiones del ser humano desconocidas hasta este momento. Y sin embargo resulta triste darse cuenta de que el ser humano vive en el más absoluto estado de incomunicación. O si no, por ejemplo, como se explica que aumente cada año el número de enfermedades depresivas por incomunicación en una sociedad cuyo valor fundamental es el del “bienestar” o ¿qué significa la proliferación de servicios de escucha del tipo “teléfono de la esperanza”? O por ejemplo ¿cómo se explica que cada día haya más casos de matrimonios que deciden terminar con su proyecto de pareja definitivamente? Y cada vez más jóvenes, cada vez mas al principio

de haber adquirido su compromiso ¿No es a caso el diálogo en el amor la fuente de la que brota uno de los elementos más importantes del buen funcionamiento de una pareja?; ¿O a qué se debe que no haya entendimiento entre padres e hijos, entre los pueblos, entre partidos políticos, entre religiones, culturas...?

Por una parte decimos que *el hombre puede encontrar su persona, su nombre, solamente en la comunicad, en el diálogo con Dios y con el prójimo*⁶, pero lo cierto es que nos damos cuenta de que en este momento de la historia, el mejor comunicado, el que más sistemas y servicios de comunicación tiene, lo más común es la incomunicación. ¿Por qué? Como base de toda comunicación verdadera está el diálogo ¿No estaremos fallando en la práctica de ese diálogo? ¿Qué tipo de persona se está desarrollando en nuestra cultura? Si el ser humano es más humano cuanto más se comunica en diálogo con su prójimo, cuando sale de sí y se encuentra con el otro, ¿viviendo como vivimos no estaremos construyendo una sociedad deshumanizada, individualista, egoísta, narcisista...?

El prefijo *día* significa en griego, “a través de”, y *logos* es “palabra”, forma de comunicación interpersonal, o como dice Sócrates el arte de la pregunta y la repuesta para llegar al saber verdadero⁷. El diálogo por tanto en su forma más simple precisa de la existencia de otro individuo o persona con el que poder encontrarse, por medio de la palabra. Y esta forma de encuentro que implica el diálogo no es el modo simple de dos personas que encontrándose por la calle se saludan sin implicaciones, superficialmente, donde la otra persona no tiene una importancia especial para mí, y podría haber no hablado con ella. No, el diálogo requiere de una actitud de apertura y disponibilidad hacia nuestro interlocutor, una actitud en la que estemos incluso dispuestos a renunciar a la posesión de la verdad absoluta, y una actitud de respeto hacia la otra persona con quien interrelacionamos, con quien dialogamos.

Es por tanto el diálogo un acto de comunicación interpersonal que implica a todo el individuo que lo practica, mejor dicho a aquellos individuos que lo están practicando, ya que, como decía más arriba, para que exista diálogo es necesario que haya otro con quien poder contrastar, con quien realizar el acto de comunicación. Para que se de comunicación interpersonal es necesario un interlocutor, otra persona.

Y los pilares básicos de esta comunicación interpersonal son el respeto al otro en cuanto tal y a sus manifestaciones, ideas, creencias, etc.; la apertura y el pluralismo frente a todo tipo de dogmatismo e intransigencias en las posturas a tomar; el diálogo como posibilidad de encuentro entre personas en orden a la conservación de una sociedad pluralista y convergente; la capacidad de servicio que significa la disponibilidad del hombre entendido como ser para los demás; la igualdad como valoración del hombre en su radical y unitario valor frente a todos los muros de clase creados por la injusticia y creadores de injusticia; acogida de todo hombre, sobre todo del marginado, para lograr la amistad, que es la estructura fundamental de la relación propia de persona a persona⁸.

⁶ B. Häring, “Personalismo Cristiano”, en *Pentecostés*, Vol. 4, nº 1966, p.11.

⁷ Cf. F. Blázquez Carmona (et alt), “Dialogo” en *Diccionario de Términos Éticos*, Verbo Divino, Navarra, 1999, p.155.

⁸ Cf. M. Vidal, “Dialogo” en *Diccionario de Ética Teológica*, Verbo Divino, Navarra, 1991, pp.159-160.

En definitiva, la única conclusión a la que podemos llegar es que para poder entendernos, para poder construir nuestra sociedad, nuestro mundo, nuestras comunidades eclesiales, es imprescindible el diálogo, la comunicación interpersonal que se fundamenta en el respeto y el descubrimiento del otro como persona, al que hay que acercarse con el máximo respeto porque el terreno del otro, de la comunicación auténtica y personal con el mundo íntimo del otro, entra dentro de la categoría de lo sagrado. Es imprescindible descalzarse para entrar en la vida del otro, con mucha serenidad puesto que el otro es sagrado. Sólo si realmente vemos al otro como tal, como persona y no como objeto, podremos establecer con él una verdadera relación y entablar con él un auténtico diálogo. Sólo entendiendo al otro como un Tú digno de la máxima reverencia podremos comunicarnos verdaderamente, desde el corazón, con él.

Mario García Gómez OP

5. El Diálogo y la Cultura

Entre las muchas cosas que caracterizan a nuestro mundo, sin duda su capacidad de comunicarse ocupa un lugar destacado. Nunca como ahora, y cada vez más, las comunicaciones entre los seres humanos han ocupado un lugar tan importante en sus vidas. De manera que podríamos llegar a pensar que existe una verdadera fiebre de comunicación. Los teléfonos móviles y e Internet nos descubren la necesidad, hasta no hace mucho desconocida, que tenemos de comunicarnos lo más rápidamente y el mayor número de veces posible.

Pero como vivimos en un mundo de paradojas, junto a esta realidad, nunca las personas se han sentido más alejadas unas de otras, con tanta necesidad para contar sus cosas. La proliferación de espacios televisivos y radiofónicos (de dudoso buen gusto) nos muestran una galería de personajes que, en su mayor parte, están demandando un oyente amigo que quiera comprender la situación de abandono e incomunicación a las que se ven sometidos.

Quizás este mundo nuestro, siempre en profundo cambio, nos coja desprevenidos en los mismos, y hace que los que vamos cumpliendo años (ley de vida) no vayamos comprendiendo que estos tienen que producirse y que no siempre son tan apocalípticos como tendemos a creer. Sin embargo, hay que convenir en que son muchas las cosas que van dejando de ser aquello que había caracterizado a nuestra cultura, y eso es difícil de asimilar.

Con esto me estoy refiriendo, por ejemplo, al diálogo. Uno tenía la sensación, hasta hace poco, de que para dialogar sobre algo, lo primero que tenía que pasar es que los que intervenían en él fueran, por una parte, lo suficientemente eruditos en lo que se dialogaba, como para no tener la sensación de que se perdía el tiempo, y, por otra, lo suficientemente educados como para dejar que los otros expusieran sus razones sin sufrir constantemente las agresiones de los que no estaban de acuerdo con sus enunciados o afirmaciones.

Sin embargo, hoy estamos acostumbrados a todo lo contrario, y los diálogos (o tertulias) se han convertido en soliloquios (*reflexión en voz alta y a solas*), cuando no en peroratas o en soflamas que intentan acallar al contrario sin darle siquiera el espacio que la mínima cortesía concedería.

Voy a señalar las que, entre otras y a mi juicio, son las circunstancias que han llevado a nuestra sociedad a esta prostitución de lo que ha constituido, en parte, la esencia de la cultura.

Una de ellas viene dada por el hecho de que, en las argumentaciones, podemos adoptar dos actitudes distintas:

- Discutir por discutir, intentando llegar a la conclusión que nos favorece, sin ningún deseo de averiguar si podemos llegar a entendernos.
- Tomar el diálogo en serio, porque nos preocupa el problema y queremos saber si queremos entendernos.

Entonces, de la postura que tomemos, el diálogo funcionará o no.

Y otra, que viene dada por la desvirtuación a la que hemos sometido al lenguaje. Es decir, que con relativa frecuencia ocurre que ya no entendemos lo mismo al utilizar las mismas palabras, con lo que la desasimilación de los conceptos hace que, muchas veces, una conversación cualquiera se convierta en un galimatías.

Es una pena, a este respecto, que la distorsión semántica, entre otros, estén tomando ya carta de naturaleza dentro de la sociedad, llevando en sí a la degradación del idioma, cuestión que trasciende a la propia Lengua, para contaminar a la propia dimensión del diálogo.

Javier Rodríguez